

## **BOGOTA, AÑOS NOVENTA : DE LA ALDEA A LA METROPOLI**

**Por: Fernando Viviescas M.\***

A : Alejandro (Tito) Ospina y Raúl Tovar,  
ciudadanos y contemporáneos :compañeros.  
In memoriam.

“..., la sociedad puede trazarse su camino hacia una autonomía autolimitada, a condición de que reconozca y combata su tendencia a recaer en lo instituido porque también se encuentra animada por una imaginación instituyente. Cuando es capaz de concebirse como el producto de la investidura de los hombres en la libertad y la búsqueda de la verdad, y de engendrar un espacio de la política donde las instituciones puedan ser interrogadas, y donde cada ciudadano pueda participar, puede llegar a ser una sociedad abierta.”

Eugène Enriquez

Bogotá es una metrópoli contemporánea. Ello no quiere decir que haya resuelto todas sus carencias y deficiencias ni que sea igual a cualquiera de los grandes centros del mundo ni que se parezca a Nueva York, Los Angeles o San Francisco, Tokio o París. Tampoco, cuando hacemos esa afirmación, nos referimos a que en las clasificaciones que encantan a los estadígrafos -y que, refiriéndose a este tipo de asuntos, combinan indicadores de toda clase- la Capital colombiana encuentra su ubicación entre las primeras treinta o cuarenta urbes del mundo. Su sentido contemporáneo viene dado por el hecho, cada vez más consistente en este fin de siglo, de que sus ciudadanos y ciudadanas se han abocado a enfrentar problemas que son el centro de la reflexión mundial en este momento y que además van a determinar lo que va a ser de la humanidad en el próximo milenio -si la locura y la estupidez de algunos hombres, siempre presente, no desatan la desaparición de la especie o su regreso a la época de la barbarie.

La pregunta por la ciudad -por sus componentes : su historia, su lógica, su estética, su política ; por las condiciones que impone a la vida individual y colectiva, por sus capacidades para albergar la existencia digna de sus habitantes actuales y futuros, y por sus posibilidades de seguir existiendo sin convertirse en una debacle espacial, ambiental e intelectual- que durante los últimos años han vendido construyendo los colombianos ha puesto a nuestras urbes y al país entero, por primera vez en toda su historia, en el marco de discusiones trascendentales para el género humano en el momento mismo en el cual ellas se dan.

---

\* Arquitecto Urbanista; Master of Arts, University of Texas, USA. Profesor Asociado de la Universidad Nacional de Colombia en las Maestrías de Urbanismo y de Hábitat, Bogotá.

Esa contemporaneidad -la articulación de Colombia con el mundo en la solución de una pregunta fundamental- le da también su sentido metropolitano, que no se alcanza simplemente por el tamaño de su población o por las dimensiones de su territorio, ni siquiera por la escala mayúscula de sus problemáticas, sino por la potenciación de la capacidad de sus habitantes y constructores para ubicar en el plano de lo consciente tanto la complejidad de esas cuantificaciones como, de un lado, el significado cualitativo que tienen en la perspectiva de buscar una ciudad que constituya una forma de existencia superior a la que se ha venido imponiendo con la pobre tipología urbana que hemos construido hasta ahora y, de otro, los procedimientos cognitivos y organizativos que deben ser asimilados y/o recreados en Colombia para la transformación del orden institucional -para refundar la política- y para sostener en el tiempo la dinámica de la participación ciudadana en la creación y renovación de los imaginarios que le fijan el horizonte a los proyectos de sociedad que debemos construir y recrear en el futuro.

Ni lo tardío de su aparición ni lo incipiente de su desarrollo pueden engañarnos con respecto a la trascendencia que la conformación de esta consciencia de metrópoli contemporánea tiene para el futuro de nuestra Capital.

\*\*\*

Aunque este autoreconocimiento espacio-temporal de los bogotanos sólo aparece de manera definitiva casi al llegar el quiebre del siglo, durante su proceso de consolidación (básicamente en la última década) y en su proyección y articulación a movimientos similares de las demás ciudades colombianas ha ido produciendo hechos contundentes, y fundando soportes, no solo para superar la predominancia de la concepción aldeana y pueblerina en el diseño y manejo de nuestras urbes en este siglo (la cual en su persistencia por permanecer ha violentizado tremendamente la vida nacional, impidiendo la formación de una consciencia ciudadana y de una cultura citadina) sino para legitimar su pertinencia como referente político, cultural e institucional.

En el plano nacional, a pesar de que todavía sigue mandando el clientelismo de todas las coloraciones, la elección popular de alcaldes y, sobre todo, el hecho de haber fijado y extendido la duración de los períodos de gobierno municipal (que al parecer ya va alcanzando un lapso racional) permitió que se abriera una brecha fundamental por donde empezó a transitar una gran fuente de modernización, esto es, de realización de lo que hacia adelante puede llegar a ser nuestra democracia.

En ese mismo terreno, el reconocimiento de la conformación urbana de nuestro país contemporáneo y la refundación de la ciudadanía -de un lado, en la consagración del derecho a la organización de nuestros hombres y mujeres (base de la institución de sociedad civil) y, del otro, en el reconocimiento de la tangibilidad de su existencia en el ejercicio del derecho a participar en la reflexión, diseño y puesta en práctica de los destinos de la ciudad, dándole estatus a la planeación participativa- que hiciera la Constitución de 1991, activaron el despliegue, la extensión y la cualificación de la capacidad de pensar de todos los colombianos con los cuales empezó, en la práctica y

en nuestras mentes, la superación de la ideología de que la urbe no podía ser sino la violenta "Ciudad del Estado de Sitio" heredada del Frente Nacional y soportada en el trípode mortal formado por el ignorante y cerrado clientelismo, la violenta propiedad inmobiliaria y la tecnocrática y excluyente planeación de los consultores y asesores.

Estos hechos le develaron a la Capital su compleja entidad ciudadana, hasta esos años sepultada por la tradición que la había hecho primar como el más grande coto de votos, el lote máximo para urbanizar, negociar y corromper y la más extensa fuente de planes y "plancitos", estudios y "estudiecitos" del país. Le dieron visibilidad a su dimensión citadina como forma de existencia, fenómeno a pensar y ámbito determinante no solo de los condicionantes básicos, tangibles y físicos de la vida cotidiana y generacional de millones de seres humanos sino también de la posibilidad de dinamizar y potenciar la imaginación y la creatividad de toda esa gente hacia el futuro.

Y la ciudadanía bogotana empezó, como en toda metrópoli que encuentra su contemporaneidad, a construirse su nueva identidad. Como es natural, esta construcción ha empezado por el reconocimiento de sus componentes : con sus deficiencias, pero también con sus potencialidades.

Ello permitió que aparecieran las laderas del sur y del nororiente y las planicies del occidente ya no como problemas que le habían ocurrido a la urbe ("no sabemos cuándo !Alaj") y que, por tanto, había que ignorar y/o reprimir, sino como los continentes espaciales de conglomerados de hombres y mujeres que la completaban, que la hacían compleja, es decir, moderna y cuyas, en muchísimos casos, deplorables condiciones de vida simplemente denuncian las consecuencias de la enorme estupidez de su pretendida exclusión de la vida y el disfrute de la ciudad. Con la presencia activa de los habitantes de los sectores populares, la urbe capitalina potenció enormemente su capacidad de reconocer, de imaginar, de pensar, de proponer y de implementar la tarea conjunta de configurar una de las grandes urbes del mundo de fin de siglo.

En la construcción de esa nueva identidad, su gente empezó a dejar de verse como un núcleo de "educaditos" bogotanos raizales "invadidos" por turbas de "provincianos" : paisas (mal hablados), "boyacos" (maliciosos), llaneros (incultos), costeños (bulliciosos), vallunos (rumberos), chocoanos (además, negros), santandereanos (guapetones), para encontrarse, y reconocerse, convertida en el mayor crisol de potenciación de la creatividad y producción material e intelectual del país ; núcleo de concentración de la diferencia, de la diversidad, de la otredad y, por ello, en el mayor demandante y experimentador de la creación de formas democráticas y civilizadas de identificación, manejo y solución del conflicto, es decir, como centro generador de cultura contemporánea.

Al desentrañar la complejidad metropolitana en ese mismo proceso, esa ciudadanía ha empezado a ser consciente, en un lado, del significado de la enorme escalada de contaminación ambiental que había generado la vergonzosa ignorancia que había hecho de su rica estructura hídrica, materializada en el espeso magma que fluye por

lo que fue uno de los más bellos ríos con que cuenta el país y, en el otro, de la pavorosa extensión de la muerte y la discapacitación que significa el mantenimiento de la simplicidad irresponsable en el manejo y control del tráfico bogotano.

Al tiempo que renueva y potencia el uso de las bibliotecas, de los museos, de las salas de exposiciones, de los conciertos ; redescubre los parques y las calles como componentes de la caminata, del paseo, obviamente, de la contemplación de la ciudad y de su paisaje. Hasta abrió el Parque Simón Bolívar que había permanecido cerrado por cerca de diez años (hace poco, algún consultor urbano justificaba la clausura de esa extensión de verde y en ese lapso por la defensa que había que hacer del crecimiento de los arbolitos).

\*\*\*

Todo esto<sup>1</sup>, sin embargo, está en un estado incipiente y, por tanto, es insuficiente. La asunción de su entidad metropolitana (compleja, integral) ha significado para Bogotá una transformación enorme pero no ha logrado conformar la dinámica política que garantice la sostenibilidad de la tendencia liberadora de la aldea.

El tamaño de las secuelas que ha dejado la predominancia del atraso y la barbarie heredados es inmenso y se requieren tiempo y desarrollos enormes para superarlas y además, y de manera profunda, exigen una transformación trascendental en las mentalidades y en los imaginarios ; una recreación de los referentes políticos, culturales y psíquicos, individuales y colectivos: una verdadera revolución cultural frente a la cual lo que se ha logrado aparece pequeñísimo.

El acceso de Colombia al mundo urbano del siglo XX ha sido tardío e insuficiente, especialmente en relación con quienes imponen el poder económico y político, tanto desde el orden institucional-tradicional como desde el campo subversivo-contestario.

Según un despacho de prensa<sup>2</sup>, los voceros de un comando de milicias urbanas de Medellín consideraban que "el primer obstáculo para una eventual negociación (política del conflicto armado) radica en que el gobierno y concretamente la oficina del Alto Comisionado de Paz no ha tenido en cuenta el conflicto urbano dentro de la agenda de paz ni han reconocido a los comandos como un actor político más en la confrontación".

Aunque los encapuchados tenían razón, al remarcar como un impedimento importante para la consecución de la convivencia el desconocimiento en las negociaciones de problemas fundamentales de la sociedad colombiana, se equivocaban al señalar la ausencia de la ciudad y el silenciamiento de la problemática urbana sólo en los diez puntos de la propuesta del gobierno : tampoco se encontraban en el decálogo de las FARC, ni se han explicitado en los temarios del

---

<sup>1</sup> . Que, por lo demás, no agota todo lo que las mujeres y los hombres de Bogotá han hecho en la última década por ganarle la partida a la violenta dominación premoderna de la urbe.

<sup>2</sup> . "Las milicias quieren sumarse al proceso", **El Tiempo**, Enero 19 de 1999, pag.8A.

ELN para su Convención ni en las declaraciones de los autoproclamados "voceros de la Sociedad civil" que lo acompañan desde Maguncia. Aún hoy siguen sin aparecer en el centenar de puntos alrededor de los cuales se van a desarrollar las conversaciones que persigue el gobierno.

Pero en lo fundamental no son sólo los comandos urbanos los desconocidos en los parámetros que se han trazado los diversos actores de la guerra para sus acuerdos. Al tenor de la gran cantidad de temáticas que se han ventilado, la discusión se va a desarrollar en una país que no tiene espacio urbano o, más directamente, en uno donde la experiencia citadina no habría producido ningún efecto en la conformación política, cultural, social y psicológica de sus habitantes y, en el cual, por lo tanto, los marcos de consideración de las demandas sociales y el campo de definición de reivindicaciones se hubiese mantenido en los mismos horizontes de hace cuarenta años sin que la gente hubiese cambiado.

Paradójicamente, en los documentos que convocan a definir el futuro de esta sociedad, se silencia a la urbe: la más grande y significativa obra colectiva que hayamos construido los colombianos. En todas esas agendas se desconoce la ciudad como continente físico actual y futuro de la existencia de la inmensa mayoría de los hombres y mujeres de éste país y se le ignora, lo cual es mucho más grave, como dimensión cultural y política que determina la forma de vivir, esto es, de pensar, de sentir, de mirar y de considerar las relaciones que ellos y ellas establecen entre sí mismos y con la naturaleza, con las maneras de gobernar, de administrar y ejercer el poder, y con las formas de expresión creativas (arte y ciencia) y políticas.

Por la ignorancia sobre la ciudad, y de la dimensión ciudadana y citadina que en su construcción han venido configurando los colombianos, ninguno de los actores de las conversaciones se plantea de manera seria la problemática de la producción y distribución del tiempo libre y del espacio público, ni la de la cualificación de la existencia -el transporte urbano, la calidad de los servicios públicos, el saneamiento de las fuentes de agua, la defensa del patrimonio cultural, la actualización de la educación con respecto a los desarrollos del conocimiento, la atención de la salud mental. Ninguno se interroga sobre los nuevos requerimientos de expresión artística y política que han venido marcando los comportamientos de los ciudadano colombianos, especialmente los jóvenes y los niños a quienes tanto el ejército institucional como la insurgencia apenas ven como futuros reclutas de una guerra que hace muchos años dejó de pertenecer a los tiempos modernos.

La enorme evidencia urbana y ciudadana no alcanza todavía al premoderno y violento espectro político colombiano.

Con todo, la sociedad civil bogotana, en su trasiego por decantar su identidad contemporánea, ha hecho en ese atrasado ámbito significativas apuestas aunque, hay que decirlo, todavía no alcanza ninguna respuesta positiva y eficaz en el campo de las transformaciones del aparato de administración de sus destinos ni logra transformar el espectro de opciones políticas.

La apuesta por el cambio ha logrado que la Alcaldía sirva para ir experimentando con las que aparecen como nuevas ofertas de perspectivas gubernamentales. Haciendo a un lado los fracasos en el terreno de las transformaciones reales, esa práctica ha servido para que en las últimas cuatro elecciones se haya detenido, al menos, el acceso a la Alcaldía de los aspirantes más funcionales al atraso : en cada oportunidad, la ciudadanía escogió a quienes se presentaban como más transformadores, como menos comprometidos con las prácticas tradicionales ; a aquellos que prometieron más persuasivamente avanzar en la concatenación de la administración con la entidad contemporánea capitalina

Como se sabe, hemos elegido, en relación con su origen, a bogotanos y a "provincianos" ; a "rolos" de la más rancia estirpe y a hijos de inmigrantes ; con respecto a sus militancias, a representantes de la clase política tradicional y a candidatos que con su independencia y snobismo nos pusieron a dudar, incluso, de la racionalidad en la misma postmodernidad ; en términos de su preparación, elevamos a la primera magistratura de la ciudad a gente que -en lo que se ha podido conocer a través del espacio público y de los medios de comunicación- se inició como candidato a partir de una asamblea estudiantil y a otros que, por el contrario, según cuentan, fueron preparados desde niños para ser alcaldes. Lo único que no nos han permitido probar nuestro machismo y el tiempo ha sido la administración de mujeres pero, de resto, puede decirse que le hemos dado la posibilidad a todo lo que hasta ahora se ha presentado con la pretensión de hacer de Bogotá la ciudad que merecen unos ciudadanos y ciudadanas apostados a pertenecer a su tiempo y a su espacio.

Dos cosas, entre muchas, han impedido lograr en este fin de milenio una administración que se apueste a buscar las transformaciones del aparato estatal distrital que permitan la concatenación de las aspiraciones ciudadanas con el espíritu de los tiempos contemporáneos.

En primer lugar, nuestra propia ineficiencia para cambiar un espectro político que sigue moviéndose en el pantano del clientelismo y la violencia, al cual es muy difícil entrarle desde una perspectiva de civilidad, de civilización y de ciudadanía -pues requiere mucho tiempo y muchas creatividad y cultura. El Concejo Distrital sigue manteniéndose como un baluarte de la marrullería clientelista y, por ello, permanece convertido en una talanquera inmensa para cualquier pretensión modernizadora y democratizadora.

En segundo término, paradójicamente, la falta de estatus que en Colombia sufre el puesto de Alcalde de Bogotá. Todos aquellos a quienes hemos elegido lo han visto, y pretendido utilizar -en la práctica de la más rancia tradición colombiana-, como un trampolín para ser Presidente de la República (cuando no, solamente, congresista) y no como una investidura que, al permitir regir los destinos de una de las metrópolis contemporáneas, por si misma tiene una enorme valía : por lo que ofrece como dimensión de la cultura, de la política, como reto para la creatividad, la investigación y el análisis en la formación de sociedad.

Los dirigentes no han logrado entender, "no se han pillado", lo que si empiezan a tener claro los hombres y mujeres que viven, que piensan, que crean y que sufren sus angustias, alegrías y tristezas en Bogotá: que su ciudad es uno de los centros poblacionales más significativos del mundo actual y, en todo caso, nuestra ciudad, es decir, el lugar desde el cual vemos al mundo y desde el cual nos vemos a nosotros mismos.

\*\*\*

En la época contemporánea, uno de los principales signos de que una urbe ha iniciado su proceso de madurez -esto es, que toma el rumbo definitivo hacia el reconocimiento de su identidad como ciudad rompiendo con los comportamientos y fantasmas que la mantenían sometida a sus ancestros pueblerinos y aldeanos- se presenta cuando sus ciudadanos y ciudadanas empiezan a asumir la complejidad como la característica fundamental tanto de su configuración y funcionamiento como de los determinantes, procesos y movimientos que condicionan y modelan la existencia, individual y colectiva, que es posible construir en ella. Cuando sus habitantes y constructores reconocen que las respuestas a las innumerables cuestiones que demanda la vida citadina no son necesariamente las de siempre sino que, por el contrario, son cambiables, y que además son diversas las maneras en las cuales se pueden formular esas mismas preguntas.

En su proceso de cualificar su contemporaneidad, de ubicarse en el momento actual, el ciudadano bogotano ha comprendido que contemplar la pintura y la escultura hace parte de la vida contemporánea; que disfrutar del mejor teatro del orbe bien vale una Semana Santa cada dos años ; que dedicarse a ver el cine mundial tiene sentido y que abrir las plazas para que sean llenadas de poesía, de Jazz, de Rock, de Rap, etc., y de jóvenes, es construir un puente inmenso con los lenguajes y las expresiones del mundo por venir.

Dilucidó, de pronto, que la complejidad urbana era estudiabile, pensable, criticable, cambiabile. Que era necesario crear marcos y contextos en los cuales se sistematizará y difundiera la reflexión sobre lo que constituye la metrópoli en los tiempos actuales.

Y asumió que -además de sitios de mala calidad a los cuales el ICFES sigue autorizando funcionar como universidades aunque todos (empezando por esa institución) sabemos que son apenas garajes con tableros- había que poner a disposición de los estudiantes, investigadores y ciudadanos centros académicos sobre la Teoría y la Historia de la Ciudad, de la Arquitectura y del Urbanismo, de la planeación Urbana y Regional, en los cuales las ciencias sociales :la sociología, la antropología, la psicología y el arte y la cultura desplegaran el conocimiento sobre la vida contemporánea, y foros, cátedras y laboratorios de investigación y seguimiento de las distintas problemáticas urbanas en los diversos distritos administrativos. Y ha empezado a refundar la relación Ciudad-Universidad que, ahora complejamente, reencuentra la que se instituyó en sus inicios cuando la Ciudad Blanca no sólo sirvió de mojón para jalonar el crecimiento de Bogotá sino para fundamentar el intento de modernización del país.

Ese despertar, aunque, tardío e insuficiente ha empezado a producir frutos significativos : Bogotá ya aparece en la pintura; y la escultura y la arquitectura empiezan a consolidar la estética del espacio público; la poesía se consolida como el medio para hacer surgir de nuevo su alma (y la de sus gentes) y la novela retoma la también trunca propuesta de Osorio Lizaraso, para pasar de los clandestinos y, del otro lado, abstrusos vericuetos que la mostraban en "Sin remedio" a rescatar su espacialidad y la conformación de la vida ciudadana (sus angustias y aventuras en la vida de los hombres y mujeres) en las calles de las "Cartas cruzadas" y "Perder es cuestión de método".

Insuficiente y tardío, pero ya ha metido a Bogotá en la discusión más trascendental sobre lo que pueda ser el futuro de la Humanidad, como lo ponen de presente tanto los estudios y análisis de las Naciones Unidas como los de los mayores centros académicos del orbe en Estados Unidos y en Europa, en América Latina y en el Asia. Por esos esfuerzos y realizaciones de la sociedad civil bogotana la Capital participa de la discusión mundial sobre la Ciudad del futuro en un mundo, por primera vez en la historia de la especie humana, en urbanización.

En este contexto mundial es donde se ubican hoy los interrogantes que desde hace una década nos hacemos cotidianamente los bogotanos y los que nos han dinamizado nuestra capacidad de imaginación y de creación por encontrarles solución. Participar en ese marco es lo que permite que la ciudad, por primera vez en su historia, encuentre su lugar como metrópoli y como contemporánea.

Bogotá, abril 18-mayo 02 de 1999.

\*\*\*\*\*

#### NOTAS DE COMPLEMENTO :

"...Las fotografías aéreas de toda ciudad son una metáfora de la ciudad misma, una versión esquemática y abstracta, en la cual han sido eliminados los detalles innecesarios para esa sobria versión simplificada.

Ver una ciudad desde las alturas equivale a percibir un juego de líneas y de volúmenes limpios de todo accidente bastardo. Lo engañoso de esa visión aparece cuando uno desciende a la tierra y descubre, como en el caso de Bogotá, que la versión aérea es mucho mejor que la versión terrestre..."

*(Ojo : habría que mirar acá a Italo Calvino, en las Ciudades invisibles, uy a Benjamin : la fotografía, para afinar esta afirmación).*

"No siempre, desde luego, ocurre el gentil fraude de las fotografías aéreas. Roma, París o Florencia, por ejemplo, constituyen una maravilla terrestre cuya metáfora aérea será siempre un "borrador" inferior al original de carne y hueso, es decir de piedra, mármol y vida." *(Siempre, la ciudad está en otra parte. Acá habrá que profundizar sobre la concatenación entre la construcción arquitectónica y*



*urbanística de las ciudades europeas y la pretensión de hacer sociedad y nuestro afán de hacer sólo plata y la pobreza de nuestras apuestas en urbanismo y arquitectura).*

“Cuatro siglos pueden ser el principio de la niñez para una ciudad de las características y condiciones de la capital colombiana (...) Bogotá fue una pequeña ciudad con cierto carácter hasta hace 40 o 50 años. Alejada del mar,..., el progreso material llegaba a ella con paso lento de cabalgadura. Sobre el lomo de las caballerías, por caminos de herradura, avanzaba con paso tardo la civilización europea y la correspondiente cultura. Todo eso que otras ciudades recibían casi sin solución de continuidad entre el puerto de desembarque y el lugar de destino, - inmigrantes, libros, artefactos, utensilios, adornos, herramientas, objetos preciosos, cuadros, espejos, vestidos, telas, alimentos, materias primas- requería, para su trasplante a Bogotá una accidentada y larga odisea...”

“Pero esa claustración natural iba a romperse un día cualquiera. Los medios de transporte, de comunicación, reducirían el mundo a las consabidas dimensiones de un pañuelo. La civilización quedaría más cercana. Y entonces Bogotá comenzaría a dejar de ser una tranquila aldea colonial, coronada de campanarios, para iniciar una etapa nueva de su vida. En esa etapa se encuentra...”

“...Los bogotanos sabemos que está naciendo, con muchos defectos, una ciudad sobre el simple esquema de la aldea, y asistimos a ese alumbramiento de formas, con cierta alarma, para la cual los entusiastas de toda reforma, aún de las más absurdas, podrían hacer suya la sentencia en la cual se asegura que no se reemplaza sino lo que se destruye.”

“...Hasta hace un cuarto de siglo apenas, la ciudad era algo así como el refugio de una tribu. Todos nos conocíamos, todos sabíamos la historia y linaje de los prójimos. Sabíamos con precisión el origen de ciertos nombres extranjeros, vinculados al tronco criollo(...) Un sistema así de feudal, de simple y provinciano, tenía que saltar en pedazos golpeado por el proceso económico. Cuando aparecieron por el aire los primeros edificios de cinco pisos, empezó a derrumbarse realmente, a caer abatida Santa Fé, en medio de una espesa nube de polvo (...) De pronto comprendimos que ya no era fácil andar con el ritmo de un paseante filosófico por las calles centrales, y que éstas se encontraban llenas de hoyos, de ruidos y, lo que resulta más curioso, de gentes desconocidas, de rostros sin filiación posible...”

“La aldea no cabía entre los tradicionales linderos, como no cabían los nuevos anhelos, las nuevas formas de la moral, las nuevas manifestaciones del placer, del deporte, del amor, entre los límites de la vieja sociedad. Como no cabía la nueva vida en los moldes de la antigua vida que se liquidaba...”

***(“LA CIUDAD VISTA DESDE EL CIELO”, por : Hernado Tellez -Miembro de la Academia Colombiana de la Lengua- hacia 1938, dados las referencias que maneja, y las aluciones, parece relacionarse con la llegada de la capital a los cuatrocientos años. Habrá que buscar la referencia exacta.)***